

PREGÓN DE SEMANA SANTA 2007

Eliseo Tábara Mayo

Buenas tardes Señor Presidente y, miembros de la Junta Pro Semana Santa de Benavente. Directivos y representantes de las distintas cofradías. Autoridades eclesiásticas y civiles, invitados, cofrades y público en general: A todos gracias por su presencia.

No sé qué habrán visto en mi humilde persona, que ya está con un pie en el estribo y con la mano ensayando acariciar las alturas, para ser el cronista de la Semana Santa Benaventana.

Gracias en primer lugar a Juan Carlos de la Mata por haberme obsequiado con un precioso compendio donde vienen reflejados todos los pasos de nuestra Semana Santa, para que pueda contemplarlos; embriagar mi espíritu en la belleza de las imágenes y en la inmensa tristeza que reflejan los pasos, e inspirarme para expresar ante ustedes, el acontecimiento de toda la historia de la humanidad más trágico, nefasto y deplorable.

Estamos ya en una incipiente primavera, la estación más hermosa del año, las brisas primaverales entran por nuestras calles, inundándolas de un aroma exuberante y pródigo que se desprende de los arbustos, algunos ya en flor:

Déjame que te implore Madre del alma, que tu belleza influya en mi palabra, y surja de mis labios, sencilla y diáfana como linfa que brota de una fontana. Déjame que te arranque la acerba espada, que en tu pecho divino llevas clavada.

Tengo que explicar, que es para mí un honor, poder ser el pregonero de la Semana Santa benaventana 2007; gracias pues a los que convinieron, que fuera mi humilde persona, la designada para plasmar tan piadoso comentario.

De mi niñez atesoro recuerdos de la Semana Santa de un pueblo pequeño y olvidado en los rincones más apartados de nuestra geografía. Carecía en mi localidad natal de imágenes que nos

permitieran adentrar claramente por la vista, todo el cuadro triste de la Pasión que, en casi todas nuestras ciudades hacen derramar lágrimas emocionadas. De mis lejanos años de seminarista tengo evocaciones, de visitar compuesto con sotana y fagín azul todas las iglesias de la ciudad de Astúrica Augusta, la prestigiosa Astorga. Bajo el sol del otoño por cuya senda viajo con la nostalgia al hombro, vivir es un milagro.

Entra Jesús triunfalmente en Jerusalén montado en una borriquilla, van las multitudes aclamándolo con palmas y ramos de olivo, y a medida que avanza, extienden sus mantos en el camino a modo de alfombra. Las calles de Benavente vibran de emoción, cuando pasa esta sugestiva imagen el Domingo de Ramos. Es muy agradable y atrayente el paso de Jesús cabalgando en una borriquilla y, detrás de éste emocionante paso hombres y mujeres llevando de la mano a los niños endomingados, que cándidamente avientan el aire con los ramos. Por sus vivaces pupilas penetrará esta simpática imagen, que será para ellos un recuerdo inolvidable, y le reforzará la fe y la confianza durante su trayectoria por la vida.

Fue Jesús al monte de los Olivos para orar, y conociendo que llegaba su hora; se apartó de sus discípulos como a un tiro de piedra y se arrodilló puesto en oración clamando al cielo:

¡Padre si quieres aparta de mi este cáliz, mas no se haga mi voluntad sino la tuya!, y como entrara en agonía, se presentó ante Él un ángel de ojos zarcos como las aguas del mar, e inmensos como la infinitud de los cielos, para confortarlo.

Jesús nos convoca todos los días, pero de una manera especial en estos días de Semana Santa; los hombres y las mujeres de Benavente responden a su llamada, y contemplan estremecidos los dolores que padeció Jesús desde la agonía en Getsemaní, cuando vio personificados en su mente divina como en una visión dramática, los tormentos a los que sería sometido, hasta sudar sangre por su humana y a la vez divina frente:

Doblaste la cerviz a los dolores, que en el huerto abatido presentías, sudaste de dolor entre agonías, hasta llenar un cáliz de amargores. Y para mantener tantos amores, el sudor de la

frente que vertías, se transforma en el Pan de eucaristías en tus divinos brazos redentores.

El Autor de todo lo creado, Hacedor de las estrellas y los astros que destellan en la penumbra de la noche, se humilla de tal manera, hasta dejarse clavar en una cruz, suplicio que en aquella época era el más degradante y vergonzoso.

Estamos enternecidos, porque conocemos que en los tormentos que padeció el Divino Redentor, en aquel calvario, en aquella cruz, en aquellas amarguras, no estaba únicamente la maldad de los romanos y de los judíos que conspiraban su muerte; estábamos nosotros, todos nosotros personificados, y por nuestras culpas pagó con su preciosísima sangre el precio de nuestros pecados.

Pasa Jesús por nuestras calles de Benavente en medio de la inmensa tristeza, que se manifiesta en los rostros de los creyentes que le acompañan.

Llegó niño pobremente, a nacer en un portal y allí le dejamos nuestro retazo de amor en medio de las temblorosas pajas y, nos despedimos de Él entre destellos de oro, fragancia de mirra y nubes de incienso. Después de orar en el huerto, se le acercó una muchedumbre capitaneada por Judas el traidor discípulo, que por treinta monedas y un beso vendió a su Maestro.

Viendo Jesús tanta muchedumbre que se le acercaba con espadas y palos para prenderlo, los amonestó suavemente: ¡Todos los días estaba con vosotros en el templo, y no me echasteis mano; pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas!

Al amanecer celebraron consejo los ancianos del pueblo, los sumos sacerdotes y los maestros de la ley, y a continuación lo sometieron a un breve interrogatorio: ¿Eres Tú el Mesías?. ¡Tú lo has dicho...!. Entonces se dijeron unos a otros, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos?. Se levantó la asamblea y lo condujeron a Pilato. Entonces Pilato dejó a instancias del populacho en libertad a Barrabás que había sido encarcelado por homicidio, y mandó azotar a Jesús. Los soldados le quitaron la túnica, y le pusieron un manto púrpura, colocaron en su cabeza una corona de espinas y, en la mano una caña, mientras se burlaban de Él y le escupían en

la cara. ¿Cómo Señor dejaste que te pusieran, una corona de espinas afiladas, a ti, que te coronan los luceros y posan en tu sien las alboradas...?

Jesús así ultrajado, escarnecido y derrotado, nos demuestra a los hombres la mansedumbre de su divino corazón y su humillación ante los malhechores. Fue enviado a Herodes que se alegró mucho de ver a Jesús, ya que hacía bastante tiempo que quería verlo, pues esperaba que hiciera delante de él algún milagro; le hizo muchas preguntas pero no le respondió nada. Herodes lo remitió de nuevo a Pilato y éste convocó a las autoridades y al pueblo y le dijo: me habéis enviado a éste hombre, pero yo no encuentro motivo, para que merezca la muerte, pero por timidez ante los gritos de la muchedumbre, lavándose las manos, les entregó a Jesús para que hicieran con Él lo que quisieran.

Pasa Jesús extenuado por el peso de la cruz y sus pies descalzos. Están alfombrados por claveles y gladiolos, y unas florecillas diminutas blancas; la mirada ausente vislumbra todos los padecimientos que ha de sufrir, sujeto con acerados clavos al madero, que ahora lleva sobre su divino hombro. Hay momentos en nuestra existencia, que el dolor y sufrimiento de cualquier persona se nos hace insoportable. Miremos con los ojos de la fe y el corazón emocionado, cómo Jesús cae en tierra, como la hoja de un árbol en otoño sin poder soportar el peso de la cruz.

En los instantes en que pasa por las calles de Benavente el Nazareno, se percibe una honda emoción en los semblantes de la concurrencia, el silencio y el dolor son agudos como el filo de una espada. De la espada que pronosticó el anciano Simeón cuando la Virgen María presentó al Niño Jesús en el templo: ¡A ti una espada te atravesará el corazón!.

Jesús pulsa las aldabas de nuestro corazón, entra en el aposento de nuestra alma, y nos invita a que le sigamos y, nunca nos dejemos abatir por las cruces que nos lleguen al calvario de nuestra existencia.

¿Qué delito cometiste Jesús de Nazaret para que seas juzgado tan severamente, sin tener siquiera un jurista, paladín o garante que proclame ante el sanedrín tu inocencia...?

¿Qué crímenes te atribuyen por qué te llevan prisionero,... Nazareno?. Dónde están las multitudes que te aclamaron en la entrada triunfal en Jerusalén con ramos y palmas? Y Él, ante estos interrogantes, sólo acierta a responder: ¡amaos unos a otros como yo os he amado!.

Su Santa Faz quedó impresa en el lienzo con el que Maria Magdalena, limpió su rostro agonizante para enjuagarle el sudor y la sangre, que se derramaba por su glorioso semblante durante su trayecto hasta el Gólgota.

Recorre la Verónica las calles de nuestra ciudad. Se aprecia con nitidez el rostro de Cristo estampado en el lienzo que sostiene en sus manos la Magdalena

Hace este paso alarde en medio de una tristeza y un silencio inmensurables, de unas flores balsámicas con las que va adornado. Haya siquiera una mano aliada, que de Tu rostro enjuague los sudores, haya alguna mujer desconsolada, que sienta compasión de tus dolores.

Y después de maltratarlo herirlo y humillarlo lo llevaron hasta el Gólgota para crucificarlo, lo colocaron en medio de dos ladrones al Justo de los Justos. ¿Cómo no tiembla nuestra alma de dolor al ver una iniquidad semejante?. ¡Por el amor que al hombre le has tenido, te dejaste clavar en el madero y, sin pronunciar ningún gemido, la sangre inunda tu precioso cuerpo!.

El paso que representa a Jesús clavado e inmóvil en lo alto de la cruz, a su celestial Madre y al discípulo amado, anega de sufrimiento cualquier corazón por insensible que sea. Es una visión penetrante y dolorosa ver a un inocente que exhala hasta el último suspiro, por amor a todo el género humano. Y es sobrehumanamente enternecedor, cuando brota de sus labios la frase más conmovedora: ¡¡ Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!!.

Éste es el cúmulo, la profusión, la abundancia y el exceso del amor que florece ya en unos labios exhaustos, pidiéndole al Padre que nos perdone, por el suceso más injusto e inicuo jamás ejecutado en el orbe.

El paso del Santo Entierro es un paso impresionante, donde vemos a Jesús yacente, concluida su misión y entregada su vida por nuestro amor: Cómo mi corazón no se enternece, cómo no brota de mi pupila el llanto, al verte ¡oh Jesús! pasar yacente por nuestro amor morir atormentado. En medio de todos los dolores que sufrió Jesús, aparece la imagen silenciosa, dulcemente afligida de la Dolorosa; la excelsa y egregia protagonista femenina, sobrenatural y heroica que soportó junto con su Hijo todos los sufrimientos, que pueden soportarse ¡Cómo dialogarían silenciosamente con la mirada!

Qué madre no llora angustiada al ver a un hijo que lo están torturando sin piedad. Advierto aquí mujeres, que serían capaces, sin excepción, de dar su sangre por salvar la vida de sus hijos. Tienen las mujeres el corazón más sensible que los hombres, tienen siempre a flor de ojos, lágrimas conmovedoras en situaciones dolorosas. ¡Hijas de Jerusalén no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos!...

La Virgen María corredentora con Jesús sostiene a su Hijo en su regazo con la cabeza arqueada, consumida por todo el dolor, que puede sufrir una madre viendo al Hijo que llevó en sus entrañas, de tal manera inmolado. Déjame que mis ojos se tornen lágrimas, y que sólo se posen en tu mirada al verte pasar sola apesadumbrada. Madre de los Dolores llorando pasas, al ver tu desconsuelo el Sol se apaga.

La Rosa Mística de mil pétalos, la Estrella de la mañana, la Llena de gracia, pasa junto a la cruz con sus manos juntas trezándolas por el dolor y, brotan de sus ojos las lágrimas, como un torrente inagotable descendiendo por sus divinas mejillas; mira el rostro exánime de su Hijo goteando sangre por sus manos clavadas al madero, por sus pies, por sus rodillas de tantas caídas, y por su divino costado traspasado por la lanza de Longinos.

En su divino regazo posa ya exánime e inmóvil el cuerpo de Jesús. Ella lo mira con una contemplación enternecedora y desolada; hasta la misma madera donde está tallada ésta imagen, parece emocionada por el llanto de María. Tembló la tierra en sus columnas, los relámpagos desgarraron los cielos, el día se hizo noche, el velo del templo se rasgó en dos, cuando Jesús

habiéndolo todo consumado, pronunció sus últimas palabras:;; Padre en tus manos encomiendo mi espíritu!!.

La ciudad de Benavente de gentes sinceras y fervorosas, y de profunda raigambre religiosa, siente en su espíritu como un dardo clavado, los tormentos que el Hijo de Dios ha sufrido por nosotros y, se apiñan para ver desfilar todos los pasos que representan los sufrimientos de Cristo, haciéndose partícipes en lo más íntimo de su alma de estos sufrimientos. Sin embargo, regocijémonos; no sólo hemos de mirar a Jesús sufriendo, tenemos que contemplarlo resucitado, que es la aureola con la que nos obsequia a los que en Él confiamos.

Cristo después de sufrir tan grandes padecimientos por nuestro amor, resucita triunfante de entre los muertos, enarbolando la bandera de la cruz y, prodigándole a su Madre Santísima una mirada de ternura inenarrable. Este paso de gozo y alegría lo contemplamos en nuestra ciudad en la plaza mayor el domingo de Resurrección. Llega toda la multitud de la ciudad de Benavente, a prestar atención a este paso del encuentro de la Madre con el Hijo resucitado; no caben en sí de gozo y alegría los espectadores benaventanos; la Madre y el Hijo se encuentran después de la muerte de Jesús. Una suave emoción embarga a la concurrencia, que contempla en este paso nuestra propia resurrección. No estamos tristes. Has resucitado, estamos radiantes y contentos, triunfaste de la muerte y los tormentos, con ellos nos absuelves el pecado.

Ahora sólo nos queda, que cada uno viva en su interior la Semana Santa, no una semana ni dos, sino mientras persista nuestro peregrinar por este valle de lágrimas, apoyados en la fe y en el amor a Jesús, que entregó su vida por nosotros. La Semana Santa proseguirá sin duda en el espacio y en el tiempo, a pesar de los que pretenden eliminar a Jesucristo de la historia.

Perdonen mi escasez de erudición y muchas gracias por soportarme.